



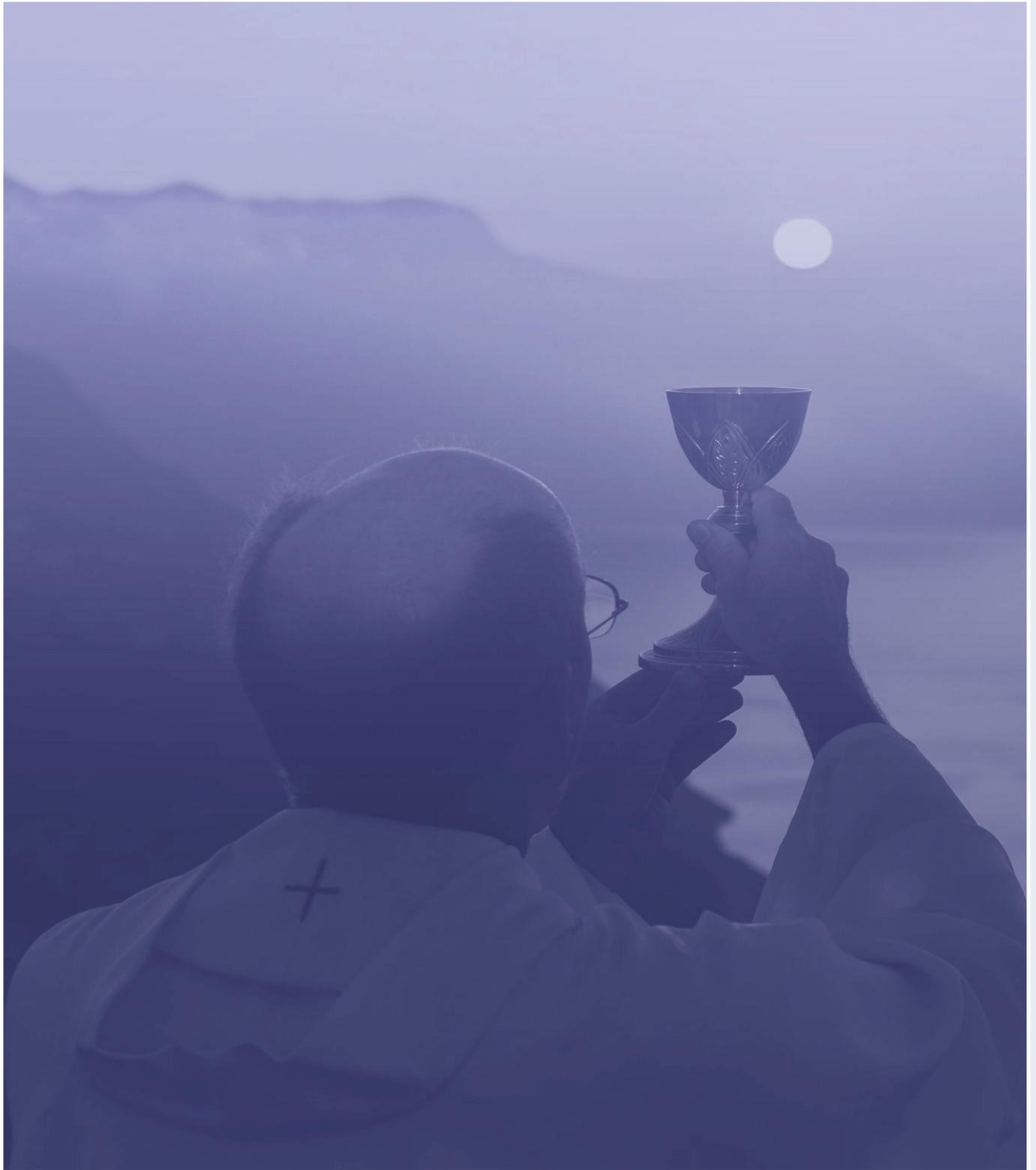
# Homilías

P. Daniel Valdez García | Sacerdos

• JULIO, AGOSTO, SEPTIEMBRE | 2021

#142

[www.centrologos.org](http://www.centrologos.org)



# JULIO 4

XIV DOMINGO DEL TIEMPO ORDINARIO (ciclo B)

• Ezequiel 2, 2-5; Salmo 122; Segunda Corintios 12, 7-1018; Mateo 6, 1-6



Hermanos,

Con mucha frecuencia escuchamos que “nadie es profeta en su tierra”, pero es algo que cada día se generaliza más y más y va expandiéndose por las latitudes del mundo de hoy. El relativismo y su dictadura va conquistando a los que tienen conveniencias y preferencias haciendo subjetivo cuanto les viene a la cabeza.

Por otro lado, hemos de constatar que muchas cosas que en la vida son aceptadas de pronto son rechazadas. Y las que son rechazadas se tornan en aceptación tras la figura de la tolerancia, y lo mismo ha sucedido con las personas, los pensamientos e ideologías como si en lugar de evolucionar se involucionara, por ejemplo, las modas en la ropa, la música y el lenguaje.

Así que, los invito a hacer una sencilla consideración respecto del pasaje del Evangelio que hoy nos ocupa: Jesús llega a Nazaret, sus paisanos lo critican, nos detendremos en la manera en que Jesús reacciona.

La exagerada familiaridad siempre lleva a la vulgaridad. Mientras unos se gozan del encuentro con Jesús, sus paisanos lo rechazan porque no saben de dónde sacó sabiduría, y se cierran a su mensaje, así que él se abre a otras comunidades. El problema de fondo es la falta de fe.

Jesús se dirige a la gente de Galilea y envía a sus discípulos en misión, enseñando cómo debe ser la relación con las personas, de modo que sea verdadera relación comunitaria, que no excluya, como sucede entre la gente de Nazaret. Jesús quiere una Iglesia incluyente, ni exclusiva ni consentida, sino abierta, universal, de acogida y que sea signo de la salvación que Jesús vino a traer

Hay ocasiones en la vida en que nos sentimos al límite, en situaciones difíciles, sin horizontes, y Dios nos quiere que nadie nos robe la paz ni nos arrebate la esperanza, por eso Jesús envía a sus discípulos prolongando la misión, haciendo que las comunidades sean creativas y compartidas.

Ante la cerrazón de la gente de Nazaret, que en su exagerada familiaridad dejan patente la vulgaridad, es como decimos en México vieron a Jesús tan común a ellos que no pudieron creen sus oídos fueron sordos a la fe que podían recibir; es más, hoy en día la expresión «los hermanos de Jesús» sigue causando polémica en muchos ambientes.

A palabras necias, oídos sordos; a chillidos de puerco, oídos de carnicero. En efecto, allí donde no hay aceptación de la fe, la gente no puede hacer nada. El prejuicio lo impide. Jesús, aún queriéndolo, no pudo hacer nada y permanece atónito ante la falta de fe de aquellos paisanos. Y el mismo Dios hecho hombre decide no rogar, sino que ofrece, pero jamás impone. Comunica y anima para que la comunidad sea creativa.

El Evangelio de Marcos, que nos acompaña este año, ha sido escrito para ser leído y escuchado en comunidad no en la soledad.

Amén, amén, Santísima Trinidad.

# JULIO 11

XV DOMINGO DEL TIEMPO ORDINARIO (ciclo B)

Amós 7, 12-15; Salmo 84; Efesios 1, 3-14; Marcos 6, 7-13



Hermanos,

Hay una gran diferencia entre estar unidos y reunidos. Hay diferencia entre estar unificados y uniformados. La comunión que hay entre estas dos columnas de la Iglesia, Pedro y Pablo, son ejemplo de unidad y de reunirse para conservar en la Iglesia lo esencial y libertad en lo accesorio.

Ya hemos meditado cómo la violenta negativa de sus paisanos de Nazaret a Jesús no le intimidaron en modo alguno, sino que expandió más la misión hacia otros pueblos y ciudades, dejando claro que no serán nunca los modos obtusos ni los corazones duros los que bloquen la misión de la Iglesia.

La misión de Jesucristo no fue fácil, la misión que dejó a sus discípulos y a nosotros tampoco es fácil, Dios siempre tiene insistencias y nosotros presentamos resistencias. No cambia la gente, porque no cambia el ambiente.

Es importante saber que la misma misión de Jesús es la nuestra, y que jamás vamos solos. Sobra decir que el tan citado número «doce» significa continuidad y superación, es decir que Jesús nos garantiza su presencia y aunque no lo notamos vamos progresando, porque la misión que el Padre celestial confió a su Hijo y que confirma el Espíritu Santo va a continuar hasta el fin de los siglos con nosotros y a pesar de nosotros.

El envío que hace Jesús de «dos en dos» es porque el testimonio en comunidad es importantísimo no solo para el pueblo y la mentalidad judía sino también para el mundo crea que somos uno.

La misión de los Doce no es resultado del entusiasmo personal o por ganas de proselitismo de grandeza, comienza cuando Jesús cree que están preparados para hablar, para ser instrumentos de la gracia de Dios, sabe que han escuchado y hecho suyo el mensaje de la salvación. Han presenciado los milagros y participado en las enseñanzas que han levantado polémica entre Jesús y los líderes religiosos, pero sobretodo han constatado cómo se mueve Jesús entre la gente, y será él quien los ayude a madurar para que sigan aprendiendo y puedan mejorar.

Lo más importante es que reciben el poder de Jesús, porque es Jesús quien actúa por medio de ellos.

Por favor, entendámoslo, los planes y programas son importantes, pero nunca podrán superar la intimidad con Jesús, la relación que se da entre Jesús y el evangelizador por el poder de la oración, sin la intimidad con Jesús todo es eficientismo pastoral condenado al fracaso, que podrá ser una moda y un modo, pero no el querer de Dios. Habrá entusiasmo, “llamaradas de petate”, cerrazón de otra manera a la obra de Jesús confiada a los recursos humanos y las barreras ideológicas. Los mejores evangelizadores siempre serán los santos, los hombres y mujeres de oración, de fe, de esperanza y de caridad porque tienen el poder de Jesús, pues saben que es el mismo Jesús quien actúa por medio de ellos, vayan a otros lugares, sean misioneros y hagan discípulos, no pierdan el tiempo en recuperar lo irrecuperable con tantos cálculos humanos.

Amén, amén, Santísima Trinidad.

# JULIO 18

XVI DOMINGO DEL TIEMPO ORDINARIO (ciclo B)

Jeremías 23, 1-6; Salmo 22; Efesios 2, 13-18; Marcos 6, 30-34



Hermanos,

La unidad debe ser en todo lo esencial y variedad en lo accesorio, es un principio dado por San Agustín. La compasión en los últimos años ha sido motivo de grandes divisiones o discrepancias. Por ejemplo: en temas de ética y moral como son la eutanasia, el aborto, los vientres subrogados, la fertilización in vitro, y otros más.

Este domingo con tan solo cinco versículos del Evangelio nos acercamos a los criterios de Jesús y los que difieren de la gente que lo sigue. Jesús se preocupa y ocupa de sus discípulos, de su descanso y de su salud y para eso irán a un lugar solitario, sin embargo, la gente se agolpa y lo busca hasta obtener la respuesta de una enseñanza que el Maestro decide darles acogiéndolos y atendiéndolos. Jesús se preocupa y ocupa de sus discípulos he dicho, pero también lo hace con la gente.

Veamos grandes diferencias, y para eso tenemos el capítulo 6 completo del Evangelio de Marcos, pues el acontecimiento tiene como referente dos alimentos, dos banquetes, por un lado, Herodes que da de comer a los poderosos y manda matar a Juan el Bautista, y por el otro, está Jesús que da de comer a la gente que le sigue y puede morir de hambre en el desierto, y para eso multiplica los panes. Por lo cual sacamos dos sencillas conclusiones: 1). Jesús forma a sus discípulos sin olvidar la importancia de la salud y el descanso personal, y 2). Que la formación no es meramente doctrinal o un conjunto de conocimientos y normas para repetir sino sobre todo para vivir y dar vida con ellas, lo cual se llama testimonio de la misericordia de Dios manifiesta en la ternura, bondad y acogida comenzando por los discípulos y manifiesta a los alejados con gestos concretos como saciar su hambre.

Como en tiempos de Jesús la gente siente y vive un gran abandono desde todas las aristas de la sociedad, por ocuparse de lo urgente muchos han olvidado lo importante: por ejemplo: cada día hay más leyes a favor de la cultura de la muerte, cada vez se descarta más a los jóvenes y a los ancianos.

Seguir a Jesús para todos los discípulos misioneros del mundo de hoy ha de tener varias implicaciones, muchas accesorias, pero pocas esenciales, incluso Jesús mismo ha sintetizado sus mandatos en el amor a Dios y al prójimo. Se trata de seguir a Jesús en su estilo de vida, vivir y ser testigos de la vida divina que de él emana, él es el eje principal, el centro y el modelo de toda formación. Se trata, como dije antes, de configurarnos con Cristo, de cristiformarnos pasando de la comunicación de la memoria, de la historia, de la tradición a la vida, al testimonio del "encuentro con Cristo vivo de ojos abiertos y corazón palpitante", como diría el Papa Juan Pablo II. Es la nueva experiencia que tiene toda la fuerza del Evangelio abriendo los ojos y los oídos de la fe a las necesidades incluso básicas como son el descanso y el alimento. Es decir, que Jesús casi nunca se para, siempre está en éxodo, en camino, va al encuentro del otro y de los otros. Y eso nos lleva a todos a tener un cambio de conducta, de conocimiento y de acción, lo cual se logra cuando dejamos a Jesús conducir nuestra vida personal y la de la comunidad. Todo cuanto hagamos por la formación y la misión debe estar lleno de Dios, sino sólo queda la filantropía, la bondad humana que es como si se derramara un líquido que calma, que es un sedante, pero no cura, no va más allá porque no está Jesús en medio de nosotros.

Amén, amén, Santísima Trinidad.

# JULIO 25

XVII DOMINGO DEL TIEMPO ORDINARIO (ciclo B)

Segundo libro de los Reyes 4, 42-44, 1-6; Salmo 144; Efesios 4, 1-6; Juan 6, 1-15



Hermanos,

La diferencia entre comer y alimentar es muy grande, comer puede saciar el hambre; alimentar sacia el proceso de crecimiento y de envejecimiento. Jesús no sólo sacia el hambre ante la precariedad, sino que nutre y alimenta la vida integralmente

Durante el tiempo de Pascua entre semana hemos reflexionado abundantemente a largo de una semana y media, ahora volvemos en este domingo a la luz del Evangelio según san Juan con el capítulo 6 llamado "el pan de vida" por la multiplicación de los 6 panes de cebada y los 2 pescados que multiplicó Jesús para dar de comer a esos seis mil hombres sin contar mujeres y niños, que es lo que más va.

Este hecho de la multiplicación de los panes es narrado varias veces también por los evangelistas san Lucas, Marcos y Mateo. De manera muy especial, les invitó este día a detenernos en lo que nos reúne en especial este día, la Eucaristía. Porque Jesús es el «pan vivo bajado del cielo, el pan que da la vida, el verdadero pan que da su Padre». Son tantas las expresiones y tan importante que de suyo la contemplación de este misterio tan grande es como dice un filósofo ateo, llamado Bernard Shaw: "si yo creyera que Jesús está presente en la Eucaristía no podría ponerme de pie un segundo porque me asombraría su presencia inexplicable". Les invito a guardar un momento de silencio ante el asombro eucarístico que tenemos el peligro de perder. Quedémonos por unos minutos con esta pregunta ¿Creo en la presencia eucarística de Jesús?

Estimados hermanos, les pido una gran apertura para lo que a continuación comparto, pues se trata de una perspectiva escatológica sobre la presencia de Jesús como el Mesías esperado por tantos siglos, de la presencia del Pan de Vida que verdaderamente da el Padre celestial. Jesús como un nuevo Moisés había subido al monte a orar, cruzó el mar de Galilea caminando sobre las aguas y fue a la otra orilla y dio el signo de la multiplicación de los panes que después reclamará a quien le busca que no lo hacen por los signos, sino por haber comido hasta saciarse e invita a trabajar por el pan que nunca se acaba.

Cada Eucaristía es una Pascua en nuestra vida, es presencia salvífica de Dios a lo largo y ancho de nuestra pequeña o grande historia personal o comunitaria, es el diálogo personal con Jesús que sacia nuestra hambre y alimenta toda nuestra vida cristiana nutriéndonos con su propia vida. Cuántos de nosotros hemos recibido tan pocas, tan poquísimas veces a Jesucristo vivo en la Eucaristía. Claro que hay muchos y cada vez son más conscientes y comprometidos, pero no dejan de haber los católicos de salón, de ceremonia y que ni siquiera reciben la hostia, la sagrada eucaristía, para quienes los sacramentos son eventos, cuando realmente es Dios quien acontece y transforma nuestra vida.

Cuanto somos conscientes de que tarde que temprano recibiremos en la escatología de nuestra propia vida personal la Eucaristía. Fiestas, festejos, usos, costumbres y tradiciones puede haber muchas y muchas más, pero la conciencia de la presencia viva de Cristo en la pascua de nuestra vida podría un día ser la última, y claro que será la última, ¡algún día!

Como decía Madre Teresa de Calcuta: vivamos cada Eucaristía como la primera, como la única y como la última de nuestra vida.

Amén, amén, Santísima Trinidad.

# AGOSTO 1

XVIII DOMINGO DEL TIEMPO ORDINARIO (ciclo B)

Éxodo 16, 2-4 12-15; Salmo 77; Efesios 4, 17. 20-24; Juan 6, 24-35



Hermanos,

Para llevar a cabo la obra de Dios se requiere que haya disposición de escuchar humildemente a Dios y anunciar valientemente su voluntad.

Durante varios domingos estaremos reflexionando sobre este inagotable pasaje del Evangelio del tan llevado y traído discurso del “Pan de Vida” tras la multiplicación de los panes. Constatamos que en la época de Moisés las personas murmuraron porque no descubrían la presencia de Dios entre ellos, así vino el agua de la roca, el maná y las codornices que añoraban el pasado de esclavitud en Egipto donde tenían ollas de carne y cebollas. A Jesús le pasó lo mismo, pues le reclaman que Moisés había dado el pan del cielo, y Jesús clarifica que el Padre celestial es quien da el verdadero pan de vida y del cielo y que al murmurar no descubren la presencia de Dios en su vida.

Hacer las obras de Dios no es cosa fácil, pero tampoco imposible; es necesario tener humildad para escuchar a Dios y valentía para llevar a cabo su voluntad. Hay quienes en la vida se preocupan y ocupan por tener muchas cosas y hasta títulos, pero se olvidan de ser hijos, padres, hermanos, ciudadanos; están tan llenos de cosas que no tienen tiempo ni para ellos mismos; medio comen, medio se arreglan, medio se curan, medio se preparan y así bajan por una pendiente resbaladiza que bien podemos llamar “mediocridad” y terminan estacionados en su área de confort buscando que Dios acepte sus obras como si fueran la voluntad divina. Eso me recuerda a aquellos que se van muy temprano a trabajar y regresan lo más tarde que pueden porque todo lo hacen por sus hijos, pero cuáles, diría yo, porque a los suyos no los ven.

Esta conversación de Jesús nos lleva a interpelarnos muy seriamente sobre cómo poner en práctica las obras de Dios, y con toda claridad podemos empezar por las 14 obras de misericordia materiales y morales.

Ayudar al que no tiene y dar al que necesita, no todo es vestir, comer, divertir, embellecer, siempre hay algo más que hacer. Pongo algunos ejemplos, por citar algo: ¿qué agrada más a Dios: un cáliz de oro o un comedor para los más pobres?, ¿qué agrada más a Dios, un padre que se sacrifica por comprarle a sus hijos pequeños una tableta o sacrificarse para jugar y cansarse con ellos repitiendo los juegos una y otra vez?

Agradar a las personas no es fácil, para las personas que atendemos a tanta gente no es sencillo agradar a todos, pero todos si podemos agradar a Dios haciendo sus obras. Y no voy a dar recetas, simplemente seré puntual, preciso y conciso.

Para llevar a cabo la obra de Dios necesitamos ser humildes, tener fe, orar y amar por sobre todas las cosas y personas a Dios y al prójimo como debemos amarnos a nosotros mismos. Sin fe, solo quedan murmuraciones porque no se siente ni se vive la presencia de Dios, y no hay presencia más evidente que éstas que cito a continuación. Los sacramentos, y por antonomasia la Eucaristía; todo el pueblo de Dios y en especial entre los más pobres. Quien no ve a Dios allí ni es humilde, ni tiene fe, ni hará con gozosa alegría las obras de Dios.

Amén, amén, Santísima Trinidad.

# AGOSTO 8

XIX DOMINGO DEL TIEMPO ORDINARIO (ciclo B)

Primer libro de los Reyes 19, 4-8; Salmo 33; Efesios 4, 30. 5, 2; Juan 6, 41-51



Hermanos,

Murmurar ha sido una costumbre que el pueblo judío manifestó desde la salida de Egipto cuando no sentían la presencia de Dios, lo mismo sucedió después de la multiplicación de los panes creyendo conocer a Jesús y a su familia pues no podían descubrir la presencia de Dios en él.

Tras la fiesta de la Pascua Jesús se revela como Hijo de Dios enviado como pan de vida, él es el pan que nos lleva al éxodo de la liberación y a la pascua definitiva pues es comida y bebida de salvación. Para que Jesús sea comido debe ser antes creído para poder ser recibido, si no hay fe hay todo menos seguimiento de Cristo vivo.

Se pueden hacer tantas cosas en nombre de Dios sin recibir a Dios, sin tener a Dios en la vida. Con fe se puede hacer tan poco, pero sin fe no se puede hacer nada que garantice la presencia de Dios en nuestra vida y en nuestra comunidad. Sin embargo, el mismo Cristo, como en aquel tiempo, ya sabe quiénes no tienen fe, quiénes no van a creer y no alcanzarán la salvación. Para todo católico sin Eucaristía no hay salvación, no se tiene vida eterna que inicia en cada comunión.

Murmurar es la mejor manera de no comprometerse con Dios, de no vivir profundamente la comunión. Tantas voces, tantos comentarios: Tal padre no me gusta, tal Iglesia no me gusta, tal ministro me molesta, tal coro me incomoda, tales niños hacen ruido, tales personas no me agradan, son tantos tales, que se olvidan que esos rumores solo pueden venir de aquellos que en México decimos: "son unos tales por cuales".

Puede llegar a haber algunas razones, incluso hasta legítimas, justificaciones y motivos, pero tomar pretexto para no asistir a la Eucaristía y no comulgar sólo son un signo de profunda inmadurez, de falta de fe y de carente formación y sobre todo de no tener humildad para decirle a Jesús: «solo tú tienen palabras de vida eterno, Señor, a quién iremos».

Los desacuerdos entre las personas son normales, las incredulidades siempre tienen por culpables aquellos que han pensado que es milagro que Dios haga lo que ellos quieren, cuando milagro es que nosotros hagamos lo que Dios quiere de nosotros.

Hoy como en tiempos de Jesús las objeciones que se ponen no son contra el Papa, los Obispos, los sacerdotes, sino contra Jesús mismo a quien finalmente no se recibe sacramentalmente. La fe no es meramente mental y mucho menos un ideal, se alimenta sacramentalmente y si alguien no comulga su fe es flaca, débil, se enferma y finalmente se muere.

Murmurar siempre será, aquí y en todo lugar donde suceda un acto de incredulidad y de incomprensión del misterio más grande que tenemos: la presencia viva de Jesús entre nosotros.

Amén, amén, Santísima Trinidad.

# AGOSTO 15

SOLEMNIDAD DE LA ASUNCION DE LA VIRGEN MARIA (ciclo B)

Apocalipsis 11, 19; 12, 1-6. 10; Salmo 44; Primera Corintios 15, 20-27; Lucas 1, 39-56



Hermanos,

Pocas veces nos preguntamos ¿por qué san Lucas, que escribe su Evangelio hacia el año 75 u 80, lo hace narrando la infancia de Jesús en plena persecución del emperador romano?, justamente diríamos que lo hace para animar a las comunidades a ser dóciles al Espíritu de Dios como los fueron María y José modelos de acogida de Jesucristo, Evangelio del Padre.

Al celebrar hoy la Asunción de la Virgen María a los cielos en cuerpo y alma avizoramos la profecía de su prima Isabel que la llamó «bendita entre las mujeres». Es bendita por su fe, y lo será entre todas por haber aceptado el anuncio del ángel con su «hágase» encarnando al Hijo de Dios en su vientre. La fe de María es una fe que la pone en movimiento, en dinamismo en servicio pronto y sin pretexto. La fe de María no es una fe pasiva, sino presta y generosa para ir al encuentro del que tiene necesidad de ayuda. Por eso es reto, ejemplo y modelo, como la llamó el Concilio Vaticano II (LG, cap. VIII).

La fe vivenciada de María no es un acto intimista y estático, sino que la lanza al camino como peregrina de la fe. Así muestra una finísima sensibilidad y concreta disponibilidad.

María, pues, no ha sido llevada al cielo para que la veamos como a una diosa que requiere de nosotros ofrendas y homenajes, sino que sigue presta y presurosa para ayudar a nuestra fe necesitada de motivos para continuar en medio de las tribulaciones de esta vida. Pero no es una fe que nosotros hemos de recibir de manera pasiva, sino una fe gozosa como la de su prima Isabel, una fe que se pone en movimiento y que vive el encuentro con su Hijo Jesucristo. Porque será esa fe la que nos lleva al homenaje y reconocimiento de la salvación que ella ha recibido y nos ha compartido, pues es la primera redimida por los méritos de su divino Hijo.

Con la asunción de la Virgen María a los cielos, toda la Iglesia reconoce que María no es la única destinataria de la bendición de Dios, sino la primera en aceptar adherirse a la voluntad de Dios y en ella se da esta primicia de lo que Dios quiere para todos. Con las palabras de Isabel que rezamos en el Ave María, reconocemos el servicio de caridad generosa que María a traído a toda la humanidad y que preside ante su Hijo al ser llevada al cielo y colocada a su derecha como abogada y corredentora nuestra. Con este canto de amor, pues, la Iglesia imita a la Virgen santísima en su confianza y esperanza puesta en el Hijo para cumplir siempre la voluntad del Padre, en la fe de María encontramos la fuerza para vivir la fuente de nuestra alegría mientras somos llevados al cielo y ser por siempre felices, bienaventurados por siempre y para siempre.

Amén, amén, Santísima Trinidad.

# AGOSTO 22

XXI DOMINGO DEL TIEMPO ORDINARIO (ciclo B)

Josué 24, 1-2. 15-17. 18; Salmo 33; Efesios 5, 21-32; Juan 6, 55. 60-69



Hermanos,

La conclusión del capítulo 6 del evangelio según san Juan la hemos escuchado en el pasaje de hoy, dicha conclusión es el culmen de todo el milagro y el discurso del pan de vida. Es una conclusión que debe ir a nuestro corazón desde la experiencia de Pedro y nos lleva a estar ante Jesús cara a cara.

Jesús vive una gran traición tras la multiplicación de los panes, hay discípulos que le dan la espalda, interrumpen la comunión pues quieren servir a Jesús, pero no vivir la vida que les ofrece Jesús para lo cual han de comer su carne y beber su sangre. Cuántos en nuestro mundo no comulgan, no reciben la sagrada comunión, no asisten a la Eucaristía, sólo son discípulos de fiesta de multiplicación de comida, pero no quieren el compromiso de dar y darse sólo quieren festejarse.

El ser humano y el cristiano siempre están ante la tentación de hacer un Dios a su medida, a su gusto, una religión de centro comercial donde sólo toman lo que les gusta, una mezcla de gustos y querer como dice un obispo, sólo cuando les nace, "como si fueran católicos embarazados". Eso me recuerda la historia de la fe del carbonero. Un santo obispo preguntó a un carbonero: "¿tú en qué crees?". Y él le dijo: "En lo que cree la Iglesia", y preguntó de nuevo el obispo: "¿y en qué cree la Iglesia?", y el carbonero dijo: "En lo que creo yo". La fe del carbonero es como aquella fe de aquellos que no saben dar razones de su fe, que se escudan en los usos, en las costumbres, en las tradiciones, pero no desean vivir la comunión con Dios, la Eucaristía y hacer de su vida una plena comunión con Jesús pan de vida.

Cualquiera puede pensar que tiene muchas virtudes cristianas, pero si no son probadas no son virtudes sólo son ideas, o ideología o son personas ideáticas, pero sin comunión con quien deben tenerla, pues viven sin Jesús, sin la comunidad y sin la sagrada comunión.

Quien verdaderamente ama a Jesús como Pedro, el apóstol que se equivoca, que se entrega que tiene temor, pero no le falta amor y menos la comunión, sabe decir: «Señor, a quién iremos, solo tú tienes palabras de vida eterna».

Se pueden hacer muchas mandas, promesas, procesiones, rezos, peregrinaciones y demás actos de piedad, pero si no se vive y no se recibe la Eucaristía se es como la fe del carbonero, sin sentido, con ruido, pero sin sentido.

Amén, amén, Santísima Trinidad.

# AGOSTO 29

XXII DOMINGO DEL TIEMPO ORDINARIO (ciclo B)

Deuteronomio 4, 1-2. 6-8; Salmo 14; Santiago 1, 17-18. 21-22. 27; Marcos 7, 1-8. 14-15. 21-23



Hermanos,

Todas las épocas y todos los tiempos han tenido, adoptado y adaptado costumbres que se vuelven normas y hasta leyes, así en nombre de Dios se han desatado las guerras más inútiles y las persecuciones más atroces de unos contra otros, y a veces de todos contra todos.

Hay usos y costumbres que siempre pierden su significado, por ejemplo ya no traen a las parturientas y a sus hijos a la llamada "sacamisa" a los cuarenta días del alumbramiento, ya no se pone sal en la boca de los niños que son bautizados, ya no se frota con sal el cuerpo de los recién nacidos, ni muchas cosas más que ya no se usan y perdieron su significado, por decir algo más, ya no se viste a las novias de color rosa, amarillo o azul, ni tampoco se viste a los pecadores durante la cuaresma con el hábito de penitentes. Querer volver a lo superado es absurdo.

Jesús devuelve la comunión, a la comunidad y a la vida cotidiana a aquellos que eran considerados impuros, que eran marginados y alejados: cura a la mujer impura, perdona a la pecadora, libera de los demonios, sana a los leprosos, Jesús supera las leyes de pureza e impureza, devuelve a los alimentos la pureza creada por Dios y nos aparta de aquello que nos hace apartarnos de la primera obligación: amar a Dios y al prójimo. Por siglos los judíos hicieron leyes que les apartaban entre ellos mismos, y Cristo viene en ayuda de todo y de todos los que nos apartan para que nos detengamos ante nuestra leyes injustas e inhumanas porque muchas leyes judías solo eran para tener el control de la gente, pues ni ellos mismos sus legisladores las cumplían, y las que observaban cuidadosamente sólo era para que la gente los viera y les diera los primeros lugares.

Hoy también hay muchos papás que dicen a sus hijos: "fíjate dónde caminas", y se olvidan que sus hijos siguen sus pasos. Hay papás que también cuidan lo que dicen, pero no se dan cuenta que los hijos oyen, pero también ven lo que ellos hacen. Nosotros mismos hemos criticado mucho a los hermanos separados y no hemos reconocido el amor y la virtud que tienen de frecuentar la Palabra de Dios y proclamarla valientemente. Incluso, quienes desean formarse y educarse en la fe siguen siendo mal vistos por quienes sólo quieren ruido sin sentido, fiesta de todo y nada de compromiso, pura pachanga y nada de verdadero amor a Dios y al prójimo, al pobre, al necesitado, al alejado, al abandonado. Hay tanto por hacer, y tantas leyes absurdas por vencer!!

Amén, amén, Santísima Trinidad.

# SEPTIEMBRE 5

XXIII DOMINGO DEL TIEMPO ORDINARIO (ciclo B)

Isaías 35, 4-7; Salmo 145; Santiago 2, 1-5; Marcos 7,31-37



Hermanos,

Ortega Y Gasset escribió un libro llamado “La revolución de las masas” donde advierte que cuando las personas no se suman a las masas son rechazadas, pero finalmente son triunfadoras pues no se despersonalizaron, no se masificaron. O como decimos nosotros no fueron uno más de la bola, o un borrego más. Masificar, estandarizar, hacer en serie no siempre hace que las cosas establezcan diferencias notables, Jesús mismo sale de la petición de la muchedumbre, de la multitud, y eso es lo que meditaremos hoy ante la curación del sordomudo.

Jesús se encuentra fuera de Judea y ante la petición que le hace la gente de imponer las manos al sordomudo, Jesús va más allá, hará la curación de un modo diferente., incluso lo aparta de la gente.

Esta curación es poco conocida, ni siquiera sabemos con exactitud el lugar donde ocurrió. Por la expresión Decápolis deducimos que es fuera de Palestina y que está entre los paganos. Y ante Jesús traen a un hombre que no se puede comunicar, tiene dificultad para hablar, eso mismo le pasa a mucha gente que se masifica sin posibilidad de comunicación, estando en medio de tantos, están tan solos, tan incomunicados, tan despersonalizados. Y Jesús aparta lejos de la gente al hombre discapacitado, pone los dedos en los oídos y con la saliva le toca la lengua y miró al cielo, suspiró profundamente y dijo: «Effetá», que significa “¡Ábrete!” Lo cual bien significa “¡Ábrete!” a la experiencia de Dios, cumpliéndose lo que dicen las profecías, el libro del Éxodo que habla del dedo creador de Dios (8,15) y resuena el salmo 40: «¡Abrieste mis oídos!»!. Y la saliva, en aquel tiempo también se creía que tenía un poder medicinal. El resultado fue que al instante los oídos se le abrieron y se le soltó la lengua y comenzó a hablar correctamente. Hoy en día también Jesús quiere que el pueblo de Dios abra sus oídos y suelte la lengua para proclamar las maravillas que Dios ha hecho en él. Un pueblo mudo es un pueblo sin fe que no escucha la Palabra de Dios y no se abre a ella. Si el pueblo no habla, no evangeliza; y si no evangeliza es todo menos Iglesia, esposa de Cristo, y si no habla de Dios termina por hablar del Diablo como dice León Bloy, si el pueblo no reza con su lengua a Dios, reza al diablo. Cuando el pueblo habla enriquece incluso al clero, cuando el pueblo está mudo su fe está muerta porque una de sus obras por antonomasia es proclamar con su lengua y creer en el corazón que Jesús es el Salvador, el Redentor.

Me podrían decir, pero Jesús pidió que no se contará a nadie, y respondo: claro que Jesús no quiere propaganda barata, no quiere publicidad, no quiere milagrería sino verdadero compromiso, porque quien habla se compromete.

Finalmente, pensemos cuidadosa y atentamente en el elogio del pueblo admirado que dijo: «¡Todo lo hizo bien!». Expresión que nos traslada a la creación: «Y Dios vio que todo lo que había hecho era muy bueno» (1,31). Todo acto creador de Dios es tan bueno que por sí mismo se expande. Nadie que haya tenido su encuentro con Cristo vivo puede permanecer callado, pues su propio interior grita como san Pablo: «¡Hay de mí, sino evangelizo!» (1 Corintios 9,16).

Pueblo de Dios, “¡Ábrete!” Lo cual bien significa “¡Ábrete!” a la experiencia de Dios, evangeliza, porque quien no evangeliza está mudo y sordo porque le falta fe porque no conoce a Dios, no lo oye, no lo escucha, no lee el Evangelio y no conoce a Jesucristo, como dice San Jerónimo.

Amén, amén, Santísima Trinidad.

# SEPTIEMBRE 12

XXIV DOMINGO DEL TIEMPO ORDINARIO (ciclo B)

Isaías 50, 5-9; Salmo 114; Santiago 2, 14-18; Marcos 8, 27-35



Hermanos,

Muchas cosas en la vida quieren ser eliminadas porque a los deshonestos los mandamientos siempre les son molestos.

Cada vez se rechaza más la cruz, cada día son más las personas que no quieren un Cristo sufriente, doliente, crucificado, lo prefieren glorificado, triunfador, sonriente. Pero no olvidemos que el misterio de Cristo es completo: Nacido, sufrido, crucificado, muerto, resucitado y glorificado. Un Cristo sólo sufriente es crueldad y paroxismo. Un Cristo sólo glorificado es comodidad y manipulación. Tan sencillo como aquello de los grupos de representación de la pasión de Cristo que no tienen tiempo ni espacio para preparar y presentar una pastorela en tiempo de adviento como preparación al nacimiento del Niño Jesús. Si las representaciones son catequesis, hay que recordarles a todos que desde sus orígenes los primeros misioneros priorizaron estos dos aspectos: Nacimiento y Pasión de Jesucristo, ni sólo una, ni sólo la otra. A Jesús se le acepta completo: verdadero Dios y verdadero hombre.

El Evangelio de hoy nos lleva a detenernos ante el anuncio de la pasión, muerte y resurrección de Jesucristo, y el rechazo de Pedro a que Jesús pase por esto.

En primer lugar, nos detenemos ante el anuncio. Se trata del primer anuncio, de los tres que hará Jesús. Jesús salió con sus discípulos hacia los pueblos de Cesarea de Filipo y por el camino preguntó acerca de lo que dice la gente de él, y también lo que dicen sus discípulos, y la confesión de Pedro resume la experiencia de la pequeña comunidad. Sin embargo, san Marcos subraya que Jesús les enseñaba que el Hijo del hombre padecería, sería despreciado, muerto y al tercer día resucitaría. Pedro no entiende la propuesta de Jesús sobre la cruz y el sufrimiento. Él aceptaba a Jesús Mesías, pero no como Mesías sufriente. Pedro estaba condicionado por la propaganda del gobierno de la época que hablaba del Mesías sólo en términos de rey glorioso. Pedro parecía ciego. No entreveía nada y quería que Jesús fuese como él. Pedro, deseaba e imaginaba. Y Jesús replica fuertemente a Pedro. Cuántas veces en nuestras comunidades el sacerdote o la comunidad quieren solo hacer su voluntad, y todos estamos llamados a hacer la voluntad de Dios, ¿que no rezamos incluso eso en la oración del Padre nuestro?

Por otro lado, en los años 70, cuando Marcos escribe, la situación de la comunidad no era fácil. Había mucho dolor, eran muchas las cruces. Seis años antes, en el 64, el emperador Nerón había decretado la primera persecución, matando a muchos cristianos. En el 70, en Palestina, Jerusalén, estaba por ser destruida por los romanos. En otros países, se estaba iniciando una fuerte tensión entre judíos convertidos y judíos no convertidos. La más grande dificultad era la Cruz de Jesús.

¡Atención!, no podemos dejar de lado que las condiciones para seguir a Jesús son válidas para los hombres y mujeres de hoy: «¡Quien quiera venir detrás de mí tome su cruz y sígame!». En aquel tiempo, la cruz era la pena de muerte que el imperio romano imponía a los marginados. Tomar la cruz y cargársela detrás de Jesús quería decir, por tanto, aceptar ser un marginado por el injusto sistema que legitimaba la injusticia. Indicaba una rotura radical y total. Como dice San Pablo en la carta a los Gálatas: “En cuanto a mí, jamás me gloriaré a no ser en la cruz de Nuestro Señor Jesucristo, por quien el mundo está crucificado para mí y yo para el mundo” (Gálatas 6,14). La Cruz no es fatalismo, ni siquiera una exigencia del Padre. La cruz es la consecuencia del compromiso libremente asumido por Jesús para revelar la Buena Noticia que Jesús es



Padre y por tanto todos deben ser aceptados y tratados como hermanos. Por causa de este anuncio revolucionario, fue perseguido y no tuvo miedo de dar su vida.

Amor que no se crucifica, no fructifica, puesto que LA CRUZ NO ES UN ACCIDENTE DEL RECORRIDO, SINO QUE FORMA PARTE DEL CAMINO. Porque en el mundo, organizado a partir del egoísmo, el amor y el servicio pueden existir sólo crucificados. Quien da la vida en servicio por los demás incomoda a los otros que viven prendidos de los privilegios.

Amén, amén, Santísima Trinidad.

# SEPTIEMBRE 15

FIESTA DE NUESTRA SEÑORA DE LOS DOLORES Y 200 AÑOS DE LA CONSUMACION DE LA INDEPENDENCIA DE MEXICO (ciclo B)

Hebreos 5,7-9; Salmo 30; secuencia; Marcos 8, 27-35



Hermanos,

Para este día he elegido 3 palabras para compartir la homilía: Dios, Patria y María.

Dios no es un concepto, y no se tiene experiencia de su presencia por una serie de mandatos y normas o ritos que sepamos o no hacer. Dios se da a conocer a quien él quiere y cuando él quiere. Por sobre todo, somos sus hijos y hace salir su sol y deja caer al lluvia lo mismo para buenos que para malos.

Y Dios por sobre todo no es un conjunto de normas morales, una justiciero y vengador como a algunos le gustaría, pues su justicia supera en mucho la nuestras. Sus pensamientos no son nuestros pensamientos. Dios es misericordioso por sobretodo y Padre amoroso volcado hacia sus hijos y generoso con todas sus creaturas. El mismo procura el alimento a las aves del cielo, pero no les da de comer ni en el nido, ni en el pico.

Dios ha amado tanto a su creación infinita, de la cual conocemos tan poco de la cerca y mucho menos de lo lejano, como es el caso de los exoplanetas, constelaciones, galaxias y soles. Dios en su creación ha superado todo individualismo y egoísmo la generosidad al grado de darnos a su Hijo como salvador y redentor, y ha derramado su Espíritu Santo sobre cada uno de nosotros. Por eso ser hijos de Dios más que privilegio es un compromiso feliz y bendito para colaborar en el cuidado de este mundo, nuestra casa común.

Patria, viene del latín "pater", que significa padre; pero también de "mater", que significa madre; de ahí que digamos: "Madre Patria", por lo cual no es ninguna coincidencia que se hayan consagrando en las estrofas de nuestro himno nacional el designo amoroso divino que por el "Dedo de Dios escribió" llamándonos a la paz del "arcángel divino".

La patria no se merece, se gana. La Patria no nace delirios, ni de veleidades, la patria no se cimienta alardeando de la vida protegiendo a los animales y asesinando con el aborto a sus apenas gestados ciudadanos. La Patria es algo tan serio, tan formal, que en ello nos va la vida, la felicidad y la salvación. El mismo Jesucristo siendo Dios se hizo judío en todo igual a ellos; habló, vistió, trabajó, oró y vivió como judío, lloró por su patria, por la ciudad de Jerusalén que lo rechazó y bendijo a las madres de los niños pequeños que traían a sus brazos. La Patria nace del corazón de Dios de la Virgen. La Patria no se hace, porque sino se deshace, la Patria nace, y en ella se nace, se lleva en la sangre, en el alma, en la mente, en el corazón y en todo nuestro ser. La Patria cumple años, y cuando ella cumple años cumplimos todos los ciudadanos, como hoy hace 200 años, y por ello nos felicitamos todos los mexicanos.

María, la jovencita que recibió el mensaje del ángel, María la pobre de Nazaret, la peregrina de la fe. La que escuchó el anuncio y acepto en corazón dando carne y sangre al Hijo de Dios en su seno virginal. María la que dijo "hágase" toda su vida no solo ese día, María la que cambiaría la historia de la patria judía es la misma que cambio la historia de nuestra madre patria dando a luz a la nación mexicana. Ella la "madre de todos los mexicanos" como cantamos en las coplas del 12 de diciembre, es la misma que estuvo al pie de la cruz. Es la madre dolorosa que no deja por ello de ser hermosa, la madre del México, que en palabras del poeta profetiza que tiene algo de cruz y de calvario en la "X".

Pues María, la hija predilecta del Padre, la Madre del Hijo de Dios, a la que hemos dicho en la secuencia de la misa "haz que me enamore de la cruz", de esa cruz que llevamos todos como verdaderos hijos de Dios, signo de esperanza y vida, que con la fuerza potente del amor nada podrá apagar ni apartarnos del amor de Dios y del amor a la Patria porque nos custodia la Madre con su "hágase".



¡Felicidades hermanos!, felicidades mexicanos!, no hemos nacido del lodo, del fango, de los ajolotes, sino del corazón divino. Y aunque no todos compartimos la misma fe, "en el cielo nuestro eterno destino por el dedo de Dios se escribió" y no nos abandonará y nos da una caricia en su Madre piadosa y dolorosa que no dejará de ser hermosa.

No teman, la virgen la dolorosa que estuvo de pie junto a la cruz de Jesús no nos pide cosas raras, sino orar por la familia y en familia, orar por los más pobres y saber ser hermanos aún de los pobres entre los más pobres. Cuando hagamos eso, México será grandioso por su amor a Dios, a la Patria y a la Virgen que nos vio nacer. Termine recordándoles que hoy es cumpleaños de México, y por lo tanto de todos los mexicanos, ¡¡Felicidades!!,

Amén, amén, Santísima Trinidad.

# SEPTIEMBRE 19

XXV DOMINGO DEL TIEMPO ORDINARIO (ciclo B)

Sabiduría 2, 12. 17-20; Salmo 53; Santiago 3, 16-4, 3; Marcos 9, 30-37



Hermanos,

Hay una diferencia enorme entre competir y compartir. No se hace proselitismo sino compartir el Evangelio que Dios nos ha confiado para que otros sean felices como lo somos nosotros.

Jesús anuncia por segunda vez su pasión, muerte y resurrección, mientras sus discípulos están pensando en mandar, en quién tendrá los puestos más importantes en el Reino que Jesús ha venido instaurar.

Los discípulos se atemorizan y se sobresaltan por el miedo, no entienden nada acerca de la cruz, no son capaces de entender, ni de aceptar un Mesías siervo de los hermanos. Ellos no entienden, quieren un Mesías glorioso, triunfador. Aquí estriba la incongruencia, mientras Jesús anuncia su pasión-muerte, ellos discuten quién es el más grande, el más importante de ellos. Están compitiendo mientras Jesús está compartiendo. Jesús quiere servir, y ellos quieren mandar. Claro, están junto a Jesús, pero los mueve la aspiración por mandar. Jesús reacciona de manera fraternal, advirtiéndoles de la levadura de los fariseos y de Herodes, de la levadura de lo que hoy llamaríamos "levadura de la ideología dominante". La levadura de dominar las masas y olvidar el trato personal, la levadura del capitalismo donde todos son compradores potenciales, desde las exclusividades hasta los temas de "todo por un precio". Como los discípulos de Jesús nos hemos dejado dominar por el afán de competencia.

Les propongo centrarnos en el tema del anuncio de la pasión, se trata del segundo anuncio. Jesús está atravesando Galilea como maestro y no quiere que la gente interrumpa la formación que está dando a sus discípulos y lo hace a partir de las profecías, lo hace desde la Biblia, pero ellos no entienden, tienen miedo de que se descubra su ignorancia. Y justamente es su ignorancia lo que les ha llevado a competir, a ceder a la mentalidad de competencia, del prestigio, misma que caracterizaba a la sociedad del imperio romano y ahora amenazaba con infiltrarse en la pequeña comunidad. Esta es la discrepancia: mientras Jesús quiere servir, ellos quieren competir, Jesús piensa en descender, y ellos en ascender. O sea, "el carrerismo" del mundo de hoy.

El Reino de Jesús es humanizante y humanizador. Jesús fue tan humano, se encarnó de tal modo como sólo Dios lo puede hacer, por eso cuanto más humano fue más divino y lo confesamos como verdadero Dios y verdadero Hombre, por lo cual podemos afirmar que cuanto más "hijo del hombre" tanto más "Hijo de Dios". Todo lo que hacemos alejado de lo humano nos aleja de Dios, cuanto más nos acercamos a lo humano más cerca estamos de Dios.

En pocas palabras, Jesús se presenta como una persona humana, muy humana, tan humana como sólo Dios puede ser humano. ¡Hijo del Hombre!

Amén, amén, Santísima Trinidad.

# SEPTIEMBRE 26

XXV DOMINGO DEL TIEMPO ORDINARIO (ciclo B)

Números 11, 25-29; Salmo 18; Santiago 5, 1-6; Marcos 9, 38-43, 45. 47-48



Hermanos,

A lo largo de nuestra pequeña o larga vida constatamos que el ser humano experimenta cambios y anhela cambios que a veces son sólo externos, como una nueva imagen.

Cuando nos tomamos la vida tan en serio se torna aburrida y nos hace intolerantes de tal forma que terminamos por imponer nuestros propios criterios. Y la Iglesia también ha pasado por estos errores, de tal manera que el Papa san Juan Pablo II en el jubileo del año 2000 habló de "la purificación de la memoria" pidiendo perdón por los errores del pasado y los mismo ha hecho el Papa Francisco en su viaje pastoral a Perú, Ecuador y Paraguay. Errar es de humanos, y donde hay humanos hay errores, en la Iglesia hay humanos ha habido errores. Y no hay enmienda si no hay corrección. Ejemplo, un hijo, hija, esposo, esposa que se portan mal y se corrigen sólo están corregidos, pero no convertidos. Y el Evangelio nos invita claramente a la conversión.

Vamos a centrarnos en que el maravilloso y muy amado discípulo san Juan tenía una mentalidad muy cerrada que no impidió que Juan titubeará en darnos ese testimonio de cómo tuvo que cambiar para acoger plenamente el Evangelio. Tres son las características que se nos ofrecen para vivir la conversión saliendo de la cerrazón:

Primero, no somos dueños de Jesús, la Iglesia es abierta no cerrada. Católico significa "universal", "abierto".

Segundo, superar la mentalidad de sentirse superiores a los demás, y dejar de despreciar a los sencillos y humildes alejándolos de la comunidad.

Tercero, Jesús nos pide romper la rutina, los apegos y lazos que nos impiden vivir el Evangelio en plenitud.

Esas recomendaciones son actuales para hoy en día. Hay personas muy católicas que siguen siendo anti-ecuménicas, encerradas en sí mismas, siendo una contradicción e incongruencia, pues "católico" significa, insisto "universal", "abierto".

Finalmente, estamos viviendo un sistema neoliberal que descarta a muchos ancianos, niños, jóvenes, a los pobres, a los alejados, a los migrantes, y podemos caer en el mismo error sino vivimos realmente el Evangelio. Para la mentalidad cerrada todo lo que no produce no sirve, lo que no es útil se deshecha. En nombre de la comunidad se impiden tantas cosas buenas que pueden ayudar a la comunidad por esa mentalidad cerrada. El monopolio de la comunidad no es más que un reflejo de la mentalidad liberal, de los exclusivos, de las ediciones limitadas, de lo que tiene marca y nadie más lo puede hacer.

Jesucristo es el modelo de todo católico, él acoge y defiende la vida vulnerable, se trata de tocar las realidades de los marginados y despreciados, de los que invocan el nombre de Jesús, de los que actúan con fe sencilla y sincera, así un pueblo ignorante tiene pastor dominante; un pueblo de borregos tiene pastores voraces. La alegría de Jesús está en que los sencillos entienden lo que él enseña porque lo vive y lo dice, lo dice y lo hace.

Amén, amén, Santísima Trinidad.